

Opinión

G-Cero



Juan Pedro Marín Arrese

A decir verdad, el G-20 nunca cumplió un papel destacado en el orden mundial. Pero, al menos, ha venido sirviendo de foro para un desahogo de los países emergentes a cambio de buenos consejos y promesas de los más prósperos. En economía, su contribución ha resultado modesta; al mostrarse incapaz de arbitrar una respuesta contundente frente a la crisis. La férrea oposición de Alemania y Francia en la cumbre de Londres de 2009 no permitió avanzar más allá de un reforzamiento de las cautelas en el sistema financiero. Sólo ha desarrollado una eficaz labor de pasillo, venciendo resistencias a la hora de instaurar disciplinas en políticas de consenso, desde el comercio al cambio climático.

El encuentro de Hamburgo ha salvado a duras penas los muebles, con un comunicado de circunstancias. No cabía esperar otro resultado cuando el principal país del club amenaza periódicamente a sus socios con abrir nuevos frentes comerciales o migratorios. Desde la llegada de Trump a la Casa Blanca, su acción exterior se ha caracterizado por la puesta en cuestión de los principales consensos, todo ello adobado con constantes altibajos y cambios de humor. Ha eliminado así todo rastro de predictibilidad en una política cimentada en este valor. En su afán por dinamitar el orden mundial, su teórico liderazgo se ha diluido; dejando paso a un inquietante vacío.

Por muchos esfuerzos que haya

desplegado Merkel para salvar las apariencias, el resultado de la cumbre no puede ocultar el desconcierto que genera la actual incertidumbre. Aunque se quiera suplir con palabras de apoyo al libre comercio, el repliegue de EEUU a posiciones abiertamente proteccionistas abre un negro panorama. ¿Cómo olvidar los Tratados denunciados y las negociaciones rotas por Trump? Si los restantes socios, salvo Turquía, han respaldado el Acuerdo climático de París, no cabe obviar que el principal socio ha tomado la puerta sin casi despedirse. Sólo cabe confiar en limitar el daño y tratar de enhebrar un frente común que se mantenga firme. No debería resultar demasiado difícil, siempre que los

demás países ricos asuman la modesta cuota de financiación de EEUU. Al fin y al cabo, el entendimiento climático se basa en transferir dinero a los emergentes a cambio de vagos compromisos de reducción de emisiones bien poco ambiciosos.

Acercamientos

Si este saldo resulta decepcionante, en su función facilitadora de contactos entre los líderes la cumbre ha logrado mayor éxito. Ningún encuentro ha acaparado más atención que el mantenido por Trump y Putin. Si el primero se vio obligado, más por presión doméstica que por convicción, a denunciar las injerencias rusas en las elecciones que le auparon

a la Presidencia, aceptó por válido a las primeras de cambio el desmentido de su interlocutor. Prefirió encontrar terrenos de colaboración en teatros como Siria, donde Putin ejerce un indiscutido protagonismo. Ya veremos en qué queda el alto el fuego concertado, pero, de momento, el presidente de EEUU puede presumir de meter cuchara, aunque la sopa la elabore y administre a antojo su interlocutor. Peor suerte corrió el intento europeo de buscar

El G-20 ve limitado su papel a un mero club social de los principales líderes mundiales



La reunión bilateral entre Vladimir Putin y Donald Trump acaparó toda la atención en la cumbre del G-20 en Hamburgo.

una salida negociada a la crisis de Ucrania, en buena medida alentada por su torpe política inicial.

Erdogan trató de recomponer los puentes vitales con Alemania que imprudentemente voló, apostando por un acercamiento a Rusia que poco puede aliviar sus serios problemas económicos. La UE, aun manteniendo una postura crítica con un régimen crecientemente autoritario, mantiene un especial interés en que Turquía sirva de país tampón frente a la efervescencia en Oriente Medio, amén de esclusa para limitar la inmigración. Pero algo falló, pues el mandatario turco anunció por sorpresa al término de la cumbre su negativa a ratificar el Acuerdo de París. El líder chino acercó posturas con Europa en lo que se interpreta como un esbozo de entendimiento para afrontar la potencial deriva proteccionista de Trump. Theresa May, por su parte, aprovechó para reforzar su resquebrajada autoridad doméstica, logrando la promesa de un amplio acuerdo de libre comercio con EEUU tras el Brexit. Bastante logró Peña Nieto al librarse de la quema en su entrevista con Trump, consiguiendo que no le mentara el ominoso muro fronterizo.

Un balance más bien magro pero que, al menos, sirve para salvar la cara. El G-20 ve limitado su papel a un mero club social de los principales líderes mundiales, ante la evidente voluntad de EEUU de renunciar a ejercer su liderazgo mundial, prefiriendo aislarse en su torre de marfil. No es el único foro que se resiente de esta deriva anti-multilateral. Debemos pues acostumbrarnos a un mundo menos previsible y disciplinado, sin duda más inseguro.

Economista

La clave para la economía global es Xi, no Trump



Mathilde Lemoine

El crecimiento mundial se ha vuelto a acelerar en todo el mundo desde el verano de 2016. La reestructuración del plan chino de infraestructuras, decidida a inicios de ese año, dio origen a un aumento del 21% en las inversiones de las empresas públicas chinas, lo que tuvo como resultado un incremento en los precios de las materias primas del 15% entre agosto de 2016 y febrero de este ejercicio. La subida ha sido del 43% en un año. De hecho, China es uno de los principales consumidores mundiales de materias primas: absorbe dos tercios de las importaciones mundiales de mineral de hierro y la mitad de las importaciones de zinc, cobre, acero y aluminio.

Esta reorientación de la política económica china ha contribuido en gran medida a la aceleración de la in-

flación y el comercio mundial. Este último se ha beneficiado de la mejora de las condiciones comerciales de los países exportadores de materias primas. Además, también se ha visto impulsado por los buenos resultados del consumo doméstico y por la recuperación del ciclo industrial, habida cuenta de que el comercio internacional es todavía muy dependiente de la inversión. Después de haber caído un 18% entre julio de 2014 y enero de 2016, el valor de las exportaciones mundiales ha crecido más de un 6% desde el verano de 2016. El 84% de esta aceleración tuvo su origen en las importaciones de los mercados emergentes y el 66% en las importaciones únicamente de países asiáticos. Naturalmente, este incremento de las exportaciones refleja la subida de los precios de las materias primas, pero el aumento de volumen fue aún así del 4%.

Como consecuencia, el crecimiento mundial se ha acelerado. Los países emergentes exportadores de materias primas representan de me-

dia dos tercios de las variaciones de crecimiento de las economías emergentes en su conjunto, que a su vez han aportado un 80% al crecimiento mundial desde 2008. Por lo que respecta a la inflación, se encuentra de nuevo en terreno positivo. Por su parte, la elección de Donald Trump suscitó la esperanza de que esta tendencia de “reflación” –es decir, de aceleración del crecimiento y los precios al consumo– se mantendría en el tiempo. La puesta en práctica de su programa iba a impulsar significativamente el crecimiento mundial.

Sin embargo, hasta la fecha únicamente se ha votado la revocación de la ley que garantizaba la sanidad universal a nivel federal (*Patient Protection and Affordable Care Act*), y el presidente estadounidense sólo

China representa el 32% del crecimiento mundial, mientras que EEUU tan sólo el 12% desde 2008

ha presentado la parte del “gasto” del Presupuesto. Más aún, como ya anticipamos, es improbable que las medidas propuestas por la Administración Trump se aprueben en su estado actual. Tendrán que ser objeto de negociación con los congresistas republicanos. Por último, las estimaciones de los efectos de las medidas fiscales a menudo se sobrealoran, porque no tienen en cuenta las impugnaciones de las exenciones fiscales. Por ejemplo, paralelamente a la reducción del tipo del Impuesto de Sociedades, se prevé la abolición de numerosas exenciones fiscales y, en particular, de la que permite deducir los intereses de los préstamos del beneficio imponible. Por ello, todo apunta a que la influencia del programa económico de Trump va a tener un efecto positivo sobre el crecimiento, pero será limitado.

Frenos internos

Por otra parte, el aumento de los precios de la energía ha empezado ya a

mermar el poder de compra de los hogares y los beneficios empresariales. La apreciación del 10,6% del tipo de cambio efectivo del dólar observada desde agosto hasta diciembre de 2016 afectó a las exportaciones y la subida del tipo de interés a 30 años del 2,1% al 3,2% redujo la demanda de viviendas. De esta forma, la acusada subida de los tipos de interés y del dólar se frenó rápidamente, y el crecimiento estadounidense fue de un 1,9% interanual en el primer trimestre después de pasar del 1,5% en el primer trimestre de 2016 al 1,9% en la segunda mitad de 2016.

Por su parte, el crecimiento chino alcanzó el 6,9% en el primer trimestre después de un 6,7% en el primer semestre de 2016 y un 6,8% en el segundo semestre del año pasado. Y, para concluir, un dato más: el crecimiento chino representa el 32% del crecimiento mundial, mientras que el de Estados Unidos representa tan sólo el 12% desde 2008.

Economista jefe del grupo Edmond de Rothschild